

Carlos Remón Sanjuán

VIII-1996

Nació en Sangüesa (Navarra), en 1996.

Licenciado en Filología Inglesa.

Ha obtenido diversos premios, entre ellos los certámenes de narrativa *Encuentros-96*, convocado por el Gobierno de Navarra, *Pedro de Atarrabia* 1996, de Villava, y *Ayuntamiento de Barañáin* 1997.

Publicaciones en distintas antologías y medios de información comarcales.

El resto de su obra permanece inédita.

HOJAS SECAS DE OTOÑO



unque desde siempre había hablado en el lenguaje único de los sacerdotes, con aquel grave tono profético pendiendo de cada una de sus palabras, a todos extrañó que en un momento tan fatídico, cuando esperaban una invocación entregada al Altísimo, él se desmarcase de ortodoxias y sentencias memorables, rompiendo, por el contrario, la solemnidad que reinaba en la habitación, expectantes ante su entrada en el reino de los cielos, preguntando con vehemencia, con mirada de náufrago, si llovía, si al fin rompía a llover, mientras alzaba entre resuellos su rostro hacia un cielo grueso y entumecido amenazando tormenta.

–Si llueve es que alguien me guarda ternura en este mundo revuelto– carraspeó reclinándose con impaciencia, y nadie de los presentes acertó a comprender el sentido de su frase, pues todos remontaron con la memoria hasta los acontecimientos de pesadumbre que habían malogrado de tal manera a don Higinio, cuando las aguas habían anegado Badea y sus gentes, perdiendo los modales, envalentonados por su propia desdicha, acudieron a la sacristía a exigirle cuentas de otros mundos, que dónde estaba ahora su bendito Dios, mientras él luchaba con escaso éxito por hacerles ver que la fe no distingue de meteorología, y que la misma fe que les había traído la tan anhelada lluvia podía, del mismo modo, hacer que escampara y volviera el sol huidizo a sus confines, pues la gracia del Altísimo no conocía límites.

A todos sorprendió, por tanto, que un hombre en el que podría haberse comprendido una animadversión tenaz a la lluvia, la cual lo había sumido en el descrédito para siempre, muriese dócil, con cara de niño feliz, sólo después de señalar con su dedo las primeras gotas salpicando el cristal de su ventana, ilusionado por la certidumbre de sus esperanzas. Entonces se le quebró el gesto y se extinguió aquella sonrisa de dicha que ya despuntaba tras sus labios, porque en los preliminares de su muerte había visto cómo fuera comenzaba a arreciar de súbito una tormenta espesa y desproporcionada.

María presintió su muerte. Intentó contener su llanto y se estremeció por sentir su propio corazón agrietándose de confusión. Lo había conocido una mañana de domingo en que don Higinio desenfundó su coraje contra el paganismo de Badea y se propuso redimirlo con aquellas procesiones rogando lluvia que desarmaran las reticencias de sus parroquianos. De modo que don Higinio decidió recorrer las calles con su séquito de fieles, desperdigando por el aire rogativas que apiadasen a las nubes remisas negándose a descargar su incontinencia sobre los campos de Badea. En esa época, el pueblo entero andaba con los ánimos encrespados por la sequía pertinaz que asolaba la comarca, echando a perder las cosechas, secando los lechos de los ríos, reventando de calor a los peces confusos, domesticando a las bestias, resquebrajando las maderas de las casas y dejando el cuello resentido a todos los habitantes de Badea, obligados por el recurso último de la esperanza a erguir la vista al cielo despejado.

Cuando en su disertación sobre los efectos del mal terrenal en las disposiciones divinas don Higinio mencionó las procesiones, los escasos beatos que acudían a sus celebraciones se sorprendieron por la temeridad de semejante iniciativa, aunque él confiaba en su fe abnegada para evitarle el castigo de un fracaso. Nadie lo creyó, porque sabían que actuaba con la desesperación de los resentidos: había llegado a Badea de viejo, transido en otras diócesis y sabio de registros con que hablar a sus feligreses, con el propósito firme de enderezar a aquella comunidad dejada, contra la cual había intentado prevenirlo el arzobispo, intentando persuadirlo de su insensatez al haber elegido aquel destino. Pero a él le gustaban las empre-

sas de apariencia imposible, y pensó que sería la culminación de una labor a la que había dedicado toda su vida. Sus ilusiones, sin embargo, habían ido menguando sin resultados visibles, apenas logrando entusiasmo alguno salvo los primeros días, cuando acudió una muchedumbre mansa movida por la curiosidad.

Fuese por auténtica devoción, o por comprobar el trasfondo de sus palabras garantizando la lluvia, su apuesta cundió el efecto que había buscado con ahínco durante tantísimas celebraciones de auténtica desidia, y aquel domingo dos largas hileras de gente escoltaban a don Higinio, quien oraba bajo palio con gesto severo, dirigiendo con voz grave las rogativas y amonestando con el ceño a aquellos que apenas reconocía por sus escasas visitas a la eucaristía.

Hubiese sido la noche más reconfortante de su vida si no fuera porque la adversidad se le anunció en forma de mensaje críptico: al abrir la puerta encontró en el suelo una nota concisa de la que desconfió desde el principio por la urgencia de su tono:

«Necesito hablar con usted cuanto antes», decía.

Don Higinio comprobó la procedencia del mensaje y esbozó un gesto de contrariedad.

Nadie sabía de dónde había llegado aquella mujer. Las gentes del lugar, desacostumbradas a las excentricidades, la vigilaban sin reparo en busca de vicios con que atacarla desde que ella se recluyera, hacía unos meses, en la antigua casa de los maestros, destartalada por las inclemencias del tiempo después de que en Badea dejaran de jugar los niños y de resonar sus sonrisas alborotadas por las cuestas. Tenía dotes para los manejos domésticos, y en pocos días reconvirtió aquel caserón insalvable en una esmerada casa, con las puertas y ventanas devueltas a sus junturas, los cristales trasparentes y macetas de colores brotando de las paredes recién encaladas. Parecía que fuese la casa más resplandeciente del pueblo, tal era su limpieza.

Don Higinio pensó que era tarea de la Iglesia hacerse cargo de los desvalidos de espíritu, y accedió a las obligaciones de su cargo.

Le tuvo compasión porque sabía cómo le había acechado la sombra de la maledicencia, tejiendo fábulas y artimañas donde salía malparada. Además, confundió la precipitación que se advertía en el tono de aquella carta con una súplica desgarrada. No era así: ella tenía la facultad innata de la comprensión, y aceptaba la actitud de sus vecinos, confiando en el efecto tranquilizador que traería, sin duda, el paso del tiempo y sus vendavales azotando la memoria.

Se encontraron a la tarde siguiente. Don Higinio la había emplazado a una hora y lugar reacios a las muchedumbres para no despertar suspicacias.

–Me temo que se avecinan grandes catástrofes– vaticinó ella sin contemplaciones.

A don Higinio le asustó el tono ajustado y sobrio con que lo anunciaba, tan distinto a la grandilocuencia y verborrea con que habitualmente se envolvían los discursos apocalípticos, y le concedió momentáneamente el privilegio de su atención sincera. Fue así cómo ella debió convencerlo con la historia increíble de su vida.

Había nacido en un pequeño pueblo de montaña, envuelto en neblinas y sumido en largos inviernos y silencios. Cuando nació y rompió en un llanto desesperado sobrevino repentinamente una tormenta copiosa aderezada con truenos que retumbaban acompasados al estruendo de sus gritos angustiados. Tanto fue así que la comadrona, una curandera ajada heredera de supersticiones ancladas en el valle desde los tiempos de las brujas, espetó con rotundidad:

–Esta niña llevará consigo el tiempo que haga en su corazón, pero eso la hará incapacitada para el amor: nunca podrá disimular.

Eso lo comprendió en su infancia risueña y peleona, cuando se extrañaba de cómo los soles impresionantes se difuminaban sin lógica conforme a sus tristezas, y los duros inviernos que se descolgaban por el pueblo se mudaron a otros parajes, pues allí reinaba constantemente una fastuosa primavera desencajada de lugar, sólo alterada de cuando en cuando por vientos movidos por sus trave-

suras, tormentas traídas por sus enojos y nieves el día de su cumpleaños, que siempre amaneció con un manto blanco primerizo que duraba lo que duraba aquel día de otro mundo.

Para entonces ya se habían perdido varias cosechas merced a los calores que traían sus correrías de niña despreocupada, y crecían los resquemores hacia ella, de tal manera que finalmente acudieron a su madre para exigirle remedios contra tal facultad. Ella, desprovista de recursos, pidió ayuda a la anciana partera, quien aventuró el cariz que habrían de adoptar sus vidas desde aquel momento.

–Estos efectos no son dominio de este mundo. Tendréis que vagar de un lado para otro, hasta aplacar la furia de los hombres– dijo con lástima, culpándose de su ignorancia.

El día que se fueron comenzó a llover tras sus pasos, con los cielos desatados tras ellas, de modo que era posible ver cómo sólo llovía por los caminos donde avanzaban con pasos cansinos por la tristeza, y las nubes negras las perseguían como imantadas a sus cuerpos calándose por momentos, como si habitasen una isla de diluvios y a su alrededor reinara un tiempo distinto, sin ningún sobresalto.

La llamaban María, la de los milagros, pero nunca tuvo dominio sobre sus proezas. Su madre, envejecida por las mudanzas, intentó enseñarla a reprimir y dirigir sus destrezas, y hacía pruebas obligándola a picar cebollas para comprobar los efectos en el cielo de aquellos lloros provocados, o la forzaba a aparentar pesadumbre o enfado, pero todo resultó en vano: ella sólo estaba gobernada por la sinceridad, y dichos artificios no sirvieron más que para que María, en adelante, pudiera escudarse, con su apariencia normal, de acusaciones relacionando su ánimo con el clima: había adquirido el arte del disimulo, y aquello las salvó en muchas ocasiones de suspicacias y destierros.

Vivieron siempre juntas y solitarias, rehuyendo las compañías para no involucrarse en sentimientos que tentasen a los cielos a rebelarse contra las restricciones impuestas por las estaciones. Su madre resistía sin dificultad la soledad, pero acariciaba a María

con ojos compasivos previendo para su hija una vida melancólica, porque sabía que aquella reclusión necesaria imposibilitaba a María para las escaramuzas amorosas propias de sus años galopantes, aunque ella aparentase una inocencia que la eximía de tales preocupaciones, salvo cuando le entraba una extraña desazón, nueva para ella, en que creía asfixiarse, y en los alrededores era como si faltara el aire y hubiera un vacío acongojante, empujando a las gentes a hallarse en los ojos de otros para sentirse vivos por saberse queridos.

Su madre había sido maestra, y no se permitió descuidar su educación a pesar de los impedimentos. María tenía el azote de la curiosidad, y eso la hizo ser una alumna aventajada por su inconformismo y su impaciencia: no podía quedarse a medias, y asediaba a su madre, complacida por su insistencia, con preguntas inverosímiles para su edad. Con el tiempo, hubo de decantarse por los estudios donde profundizar en los enigmas sobre el universo que le corroían la conciencia, y se enzarzó en manuales prestados por el veterinario del pueblo en el manejo de las entrañas de los animales. Era tierna con ellos, y pronto cobró renombre por sus maneras sobrenaturales, pues lograba con sus cuidados enmendar los males acechando a las bestias con una facilidad pasmosa, aunque sus métodos carecían casi totalmente de base científica, y únicamente seguían los dictados de su intuición.

En el pueblo la apreciaban por la discreción que mostraba y su dedicación innegable, y aunque en ocasiones repararon en lo inusual de que en su presencia pareciese hacer más frío o más calor, todos achacaron el cambio de temperatura a la emoción que ella contagiaba con su temperamento.

Nunca fue tan feliz como entonces, hasta que murió su madre. María no comprendió qué había minado más su salud: si los continuos trasiegos a que la había forzado por su reputación o, por el contrario, la conmoción inesperada, rebosándole hasta la sonrisa, de advertir en su vejez que su hija había logrado un reposo de ánimo antes insospechable, que les permitía pasar desapercibidas. Comprobar, en fin, que lentamente había rehecho sus pasos hacia una vida sin sobresaltos y moderadamente feliz. María la cuidó

con la diligencia de su oficio y el amor infinito que experimentaba tras veintidós años combatiendo contra la soledad impuesta por sus propiedades incontrolables. Le habló de proyectos de futuro, pues no quería sumirla en la pesadumbre de los años pasados, y la tranquilizó con su fe en un destino definitivamente posicionado a su favor.

Su madre resistió hasta gozar con el convencimiento de que habían logrado ahuyentar los miedos y reparos, de que María estaba enclavada, sin lastre alguno, de frente a la vida, con el valor de los que aceptan los riesgos que habrán de venir. Después se dejó morir, clavando sus ojos en los de su hija, lentamente haciéndose remota y blanca hasta diluirse en la inmensidad de los nuevos paisajes, recónditos e increíbles, de su propia muerte.

María se maldijo por su ignorancia: sus habilidades no alcanzaban a sanar a los hombres y mujeres, y no podía sobrellevar que quedasen reducidas a los confines de los animales. Sus modos, realmente, compensaban sus limitaciones, y los enfermos a los que a menudo se había visto forzada a visitar por las súplicas del médico morían en silencio, resbalando sin resistencia hacia una muerte tibia y sin pesar, con una sonrisa bendita de auténtica dicha que se instauraba en sus rostros en los prolegómenos de la eternidad. Sin embargo, ella se maldijo por la certidumbre de los acontecimientos: se vio irremediablemente sola, despojada de la presencia inconmensurable de la mujer que la había amparado durante aquellos años de penurias, idas y venidas, y pensó en la inutilidad de unas facultades absurdas y caprichosas que no servían salvo como sortilegios para la desgracia.

María intentó reprimirlas, consciente de las consecuencias que vendrían, pero no pudo evitar las lágrimas.

–Lo siento– acertó a musitar cuando advirtió sin sorpresa que estaba comenzando a llover dentro mismo de la habitación.

El médico la observó enmudecido por el poder de sus lloros, renegando de las leyes de las ciencias conocidas, mientras el sacerdote se santiguaba frenéticamente de rodillas, empapándose la sotana en el suelo que se inundaba por momentos. Era un martes

de otoño, y a nadie extrañó, por consiguiente, que se echase a llover también en el pueblo, salvo a los testigos de aquellos hechos inauditos. Con todo, eran estos sucesos tan remisos a entrar en los fundamentos de la razón que optaron por un silencio prudente, asustados por sus suposiciones desquiciantes.

Tuvo que pasar una semana de lluvia ininterrumpida para inquietarse por las perspectivas y acudir de incógnito a María con la esperanza de un conjuro contra los cielos desatados. La encontraron preparada para irse, con un abrigo humedecido por la transpiración de su piel acuática y las maletas chapoteando en el agua.

–Ya me iba– les tranquilizó ella, todavía secándose una última lágrima.

Ellos se sintieron indefensos y mezquinos por su exigencia al comprobar la tristeza inhumana en que María se había debatido, pues hasta las paredes aparecían cubiertas de moho por la humedad incrustada, y los muebles zozobraban de habitación en habitación, en una cruel manifestación de su aflicción anegándolo todo, hasta que emprendió sus pasos apelmazados hacia un camino desconocido donde ahuyentar de una vez por todas los fantasmas, y tras el contorno de su silueta se adivinó el sol, entumecido por la falta de costumbre, encaramándose en un rincón a la espera de que María se alejase con su desdicha aplastante.

Así había llegado a Badea, deshecha en heridas y rendida a su infortunio, sin otra intención que confiar en la lejanía para olvidar sus miserias recientes.

–Entonces conocí a Martín– le avisó María a don Higinio, recogido en cavilaciones movedizas, reacio a dar crédito a aquella historia inverosímil si no fuera por la lástima que se avistaba sumergida en los ojos indefinibles de esa mujer desvalida para los usos de la vida acostumbrada. Había intentado resistirse con el argumento de la lógica, pero para aquel instante su razonamiento flaqueaba por la compasión inmensa que inexplicablemente María abría a su paso, de tal modo que resultase imposible no creer en semejante suerte de desatinos y contratiempos confrontando el escepticismo que no podía dejar de sentir en los ojos de aquella

mujer, transparentes por las lágrimas recientes, curtidos por las inconveniencias.

Prudentemente, el cura guardó silencio con la esperanza de que ella desmintiera su relato, desengañándolo así de su credulidad de viejo, pero ella no advirtió sus suspicacias, y él dejó de resistirse a esa mirada implorante buscando un auxilio que comenzaba ya a hacérsele impredecible y oculto para los recursos de la Iglesia, más hábil en realidad para solventar los entuertos de los hombres que para comprender disposiciones divinas de significado tan oscuro.

Fue así, mientras faltaba por primera vez a misa de seis embrujada por los avatares de María, creando la alarma entre los feligreses sexagenarios desconcertados por su falta de puntualidad, cómo María le contó cuando había hecho llamar a Martín, el carpintero, y él había acudido rápidamente, espoleado más por la curiosidad que dominaba a todos los habitantes de Badea que por responder solícito a su petición, pues era un hombre receloso de las mujeres que, como ella aparentaba, no habiendo sido desdeñadas sentimentalmente escogen el castigo de la soledad.

Era un joven impetuoso hechizado por los libros. A los catorce años se le habían acabado los provechos y ocasiones que se les brindaban a los demás por el privilegio de la juventud, y se había visto forzado a regentar la carpintería, huérfana de manos desde el fallecimiento prematuro de su padre y la indiferencia de un hermano pródigo con arrebatos de aventurero, del que sabían cada seis meses por cartas con matasellos de ciudades inverosímiles. Sus obligaciones lo habían apartado de ferias y trasnoches, pero una noche de revelaciones el aburrimiento lo encaminó a los libros de su abuelo, adormecidos en el desván de la casa desde que, a su muerte, el resto de la familia desconfiara de tantos desvaríos enmarañando las ideas, pues el abuelo había pasado de ser un militar arraigado a convertirse en un viejo de sentencias tan memorables como ininteligibles para sus vecinos. «No entendéis nada», despotricaba contra ellos soliviantado por su ignorancia. Acostumbraba a rehuir las explicaciones escudado en esa frase recurrente, hasta el mismo día de su muerte, curado de decepciones, cuando rehusó la

confesión con su mirada triunfalista, mientras los acusaba de su absoluta necedad con aquellas palabras demoledoras.

De modo que apilaron los libros de biografías, historia, filosofía y novelas con nombres de autores estrambóticos y los condenaron al ostracismo de las cosas despojadas de su utilidad, hasta que Martín se adentró en ellos con sus ojos ávidos. Se sorprendió de tal manera por los acontecimientos que encerraban aquel torrente de palabras que dejaba pasar las horas enzarzado entre páginas, encaprichado con el destino inmediato de los personajes con quienes compartía aventuras, fatigas y pasiones. Pronto perdió el sentido de la mesura, y si al comienzo de su descubrimiento imprevisible todavía le remordía la conciencia del deber, y abandonaba temporalmente los libros para ocuparse de la carpintería, luego apenas se dedicó a ella, salvo cuando le requerían favores las gentes. Algunos, conscientes de que Martín iba dilapidando la fortuna de sus libros de un modo insensato, sin fundamento, le proporcionaban algún ejemplar, observando con lástima el fervor desproporcionado con que él agradecía el pago a sus habilidades.

Cuando María se vio en la necesidad de revisar sus trabajos en la casa y sus aptitudes no alcanzaban a pequeños rincones, la remitieron a Martín el carpintero, aunque la previnieron contra la anarquía de sus horarios y su dedicación. María no pudo reprimir cierta complacencia al escuchar su devoción servil hacia los libros, pues ella también andaba enfrascada en manuales de anatomía y teorías filosóficas, azuzada por la búsqueda de un remedio infalible para paliar su deformidad.

En cuanto se conocieron, María superó sus reticencias iniciales con la promesa de sus pagos, y al ver cumplidas sus expectativas con la perspectiva de nuevos libros Martín no escatimó su empeño para ayudarla a acondicionar la casa de los maestros. Era de conversación escasa, atemorizado por el atractivo que hacia él ejercía aquella desconocida que había solicitado sus servicios con la garantía de una biblioteca rezumando sorpresas y misterios entre aquellos lomos, que él tanto ansiaba violentar con sus manos codiciosas. Acudía a la casa por las mañanas, y se intercambiaban los libros sin medida, inmersos en una vorágine que devoraba los

ejemplares por días y les comprometía, sin distinción de géneros, en tribulaciones y discusiones encendidas sobre la lógica aristotélica, los inventos de la humanidad, las maravillas que poblaban la tierra, los hábitos de los insectos o las novelas de Flaubert.

Ella apreciaba sus modales reposados, la delicadeza con que engarzaba sus manos en la madera y la prudencia de sus sentencias, libres de conclusiones temerarias movidas por el rencor o la desconfianza. Por eso hicieron de sus charlas una sucesión galante de opiniones esbozadas con humildad, imbuidos de un respeto por el otro que los incapacitaba para el enfrentamiento y el enfado, acosándose con preguntas incontestables.

Martín supo que se había enamorado descuidadamente de ella cuando se vio empujado a memorizar para María poemas que hablaran de amor, tantearla con respecto a emociones tan disparatadas e ilógicas como la pasión, pero a ella la sola mención parecía descomponerla, ensombrecida por la desesperanza o la resignación. Cuando una mañana tardía María le suplicó que callase en mitad de una célebre estrofa, él se acercó a ella, irguió sus mejillas con sus manos poderosas, encaró sus ojos versátiles, desplomados por la envidia a semejantes amoríos capaces de acarrear un cargamento de palabras tan bellas, y se propuso desenterrar toda la congoja que palpitaba en la latitud de su mirada desamparada.

–Algún día conseguiré describir el color de tus ojos– le aseguró con la certidumbre de su cariño agigantándose por momentos.

María luchó contra tales imprevistos, no porque no se sintiera arrastrada a verse reflejada en el brillo travieso de sus ojos oscuros, ni añorase la visión de sus manos fabulosas cincelando su cuerpo despierto con la misma ternura con que trabajaba la madera, ni anhelase el sabor que imaginaba en sus labios, sino porque los años de sufrimiento la habían ejercitado contra la creencia de que era también una mujer como cualquier otra, con la misma urgencia que las demás a aplacar sin remordimientos ese desasosiego que la ahogaba por la noche, cuando sonreía rememorando los momentos pasados con Martín. Creía estar incapacitada para el amor, y ahora que éste asomaba bruscamente se asustó por su desconocimiento de

las artes y métodos de cortejo más elementales, pero sobre todo por la intuición de previsibles desdichas de una magnitud hasta entonces desconocida. Sabía que pretender establecer una relación convencional era una quimera, dados los efectos que sobrevendrían, y no quería condenar a Martín, aun en el caso de que sus sentimientos igualmente fuesen propicios para ella, a una vida irreparable de trasiego infeliz, inconveniencias y sacrificios erosionando el amor impoluto que ahora ella adivinaba por primera vez.

Para la mañana siguiente, cuando Martín acudió con sus herramientas, ilusionado por los recovecos impredecibles donde se estaban adentrando, dispuesto a descifrar los misterios de aquella mujer cuya imagen yacía irremediablemente imantada a sus ojos, María, sin embargo, había tomado la resolución de evitar enredarse en aquel barullo desorbitado. Le escribió una escueta nota, deliberadamente fría para no dejar lugar a dudas ni expectativas favorables, donde prescindía de sus servicios excusándose con la mentira de su falta de libros. Ella lo presintió al otro lado de la puerta, oyó sus pasos raudos detenerse, y se imaginó a Martín enmudecido, golpeando impetuosamente la puerta, víctima de una enfermedad que habría anexionado su corazón desprevenido, y suplicaba mientras que él la abriese, que él demostrase que la necesidad en ocasiones superaba con creces los riesgos a que habrían de exponerse. No fue así: el silencio inhumano quedó de nuevo roto por los pasos lentos alejándose de la puerta sin intentona alguna.

Había pasado una semana desde entonces, y lo que al principio juzgó como la decisión más acertada comenzó a atormentarla por su falta de atrevimiento, la cobardía que la había atenazado desde su infancia por temor a las consecuencias. A su pesar, echaba de menos a Martín, salvajemente, sin remedio, y supo que debería afrontar una nueva estrategia cuando le recorrió el rostro una lágrima furtiva amenazando con nuevas inundaciones a causa de su tristeza. Estaba hastiada de exilios, y se sentía decidida a arriesgarse a un azar beneficioso, quizá hostil, pero libre de impedimentos provocados por el miedo.

Por eso había pedido auxilio a don Higinio: no sólo para prevenirle de los efectos inmediatos que su pena produciría en un

momento tan inoportuno, cuando caerían sobre él las culpas de las lluvias incesantes merced a las rogativas que había hecho aquel domingo, sino para pedirle el consejo imparcial de quien creía exento de las tribulaciones del amor terrenal.

Aunque María no podía saberlo, en realidad no era así: había ingresado como novicio movido por el despecho de un amor que se le había resistido en la adolescencia, más por quedarse rezagado en sus propios temores que por carecer de posibilidades. Se llamaba Ángeles y la quiso toda su vida, guardándole un sentimiento ambiguo cohabitando con su renuncia a otro amor del que no participara aquel Dios comprensivo, que lo había ayudado en tantas ocasiones a aplacar su envilecimiento humano, cuando la memoria traicionera recordaba los juegos de infancia, las miradas cómplices, los primeros deseos enmarañados y emocionantes. Nunca pudo librarse de la atroz duda de qué recorridos y entresijos habría almacenado su vida de haber gozado del arrojo necesario para encarar sus sentimientos contradictorios y haberle hecho saber que la quería. Pero nunca lo hizo. Fue ese arrepentimiento, avivado por la incertidumbre de María, y no el descrédito en que incurriría si llegaban no lluvias, sino inundaciones imparables –pues para entonces se sabía ya lentamente corrompido por un cáncer voraz que le libraría en poco tiempo de la humillación de su fracaso evidente– lo que lo animó sin contemplaciones:

–¡Por Dios, María! ¡No hay ninguna otra razón por la que luchar tanto!

Ella se sobresaltó por tal desparpajo, inesperado en alguien que suponía aposentado en una vejez entumecida para las andanzas y revueltas de las pasiones frenéticas de juventud, pero lo dejó hacer, pues de pronto andaba don Higinio tejiendo desorbitadas artimañas, desechando frenéticamente maniobras de aproximación y barajando tretas y disimulos.

Fue así, con la proximidad incipiente de la lluvia canuciéndolo todo en el pueblo, cómo María quedó al poco surtida con un número ingente de libros, ejemplares de un valor tal que escapaba a la sensatez más debilitada la sola posibilidad de un préstamo

como el que don Higino le había hecho, condicionado a la reacción incierta de un carpintero metido a lector furibundo. La mitad de ellos no podía leerlos, pues el latín le resultaba arisco para su comprensión, pero el solo reflejo de coger sus lomos con cuidado entre los dedos recostaba a los sentidos en el más mullido de los placeres, de modo que el crujido de sus tapas al abrirse se convertía en un ritual, despejando a los ojos cansados de las cosas que siempre se han visto, regalándoles el olor incrustado en surcos entre las líneas, la humedad palpitante entre las yemas de los dedos, los colores prodigiosos ilustrando las letras abigarradas. Tanto era así que hasta María, incluso aunque bajo los mandatos de su desesperación hubiera arriesgado cualquier cosa por un indicio de éxito, se negó en principio con rotundidad a alquilarle aquel tesoro con la única recompensa de su confortación espiritual por haberla ayudado.

–Y usted qué saca de una historia tan enrevesada– lo inquirió María, suspicaz ante tanta disposición.

–Verme reflejado en ella– le contestó el cura, con la viva imagen de su remota y amada Ángeles restallándole en la conciencia fustigada por sus remordimientos.

Empezó a llover torrencialmente adentrada la noche, cuando María desistió de esperar a Martín durante todo el día. Para entonces don Higinio, seguro del triunfo de sus maniobras, se había dirigido con celeridad a hablar con él, pero Martín lo rehuyó sin disimulo, pues confundió su visita con una reprimenda justificada por los meses que llevaba faltando a las misas. El cura, empujado por la exigencia de ahuyentar el peligro, más después de haberse marcado la bravuconada de las rogativas atrincherado tras la voluntad de Dios, lo corrigió con vehemencia, y se enzarzó en un discurso humilde de disculpas y excusas para explicar la torpeza de María, mientras reivindicaba para ellos con insistencia la necesidad de un armisticio, la conveniencia de que reanudasen sus encuentros.

Martín lo acalló con una mirada herida donde se acunaban las lágrimas. Don Higinio se sintió alentado por la reacción, porque creyó equivocadamente que lo había conmovido con sus ruegos. Por eso, cuando lejos de aflojar su orgullo maltrecho, Martín le

anunció con aspereza que precisamente a ella nunca podría visitarla, ni siquiera bajo las promesas fastuosas de los más increíbles y maravillosos ejemplares, el cura abominó de su suerte esquiva por haber cruzado las únicas rogativas a que se había atrevido en toda su vida con las escaramuzas de aquellos dos amantes remilgados asustados de los efectos de su amor correspondido.

En aquella ocasión aún le consintió su terquedad porque las lluvias necesarias pasaban todavía desapercibidas tras una sequía tan severa: los campos se recuperaban, el aire se hacía respirable y los animales y hombres recuperaban la cordura extraviada por los calores. La iglesia estaba a rebosar cada día, de forma que hubo de ampliarse el horario de eucaristías, ocho misas al día, inútiles para achicar el recinto, porque a ellas acudían fervientes y agradecidos los mismos fieles de las celebraciones anteriores. Don Higinio intuyó el peligro al sexto día de lluvia ininterrumpida, cuando se le acercaron afables varias gentes de campo y, entre risas y veras, lo convencieron con sus temores de que aunque fuese invocando a un milagro él mismo se encargaría de que Martín hojeara a toda costa los libros en latín que había sustraído de la diócesis:

–Ya puede decirle a Dios que pare, don Higinio. No vaya a ser que ahora nos lo lleve todo el agua– le conminaron.

Él comenzó a variar su discurso desde el púlpito, escogiendo fragmentos del libro del Apocalipsis para poner a sus feligreses al acecho, les habló de las plagas que asolaron a los infieles para ilustrarlos con precedentes y sembrar en ellos la duda sobre su fe acomodada, que ahora requería tal número de ceremonias cuando antes había predicado para cuatro viejos movidos por el hábito más que por auténtico fervor. Cuando al décimo día los límites del curso del río comenzaban a desdibujarse cundió la alarma: a las misas ya no acudía una multitud entregada por la gratitud, sino amotinada contra el cura por la amenaza de perder la misma cosecha por el efecto de aquellas rogativas tan eficientes. Bajo los rezos a regañadientes de los fieles se distinguía el murmullo de la rebelión, y nadie atendía a los sermones de don Higinio, que hablaba ya de la necesidad de perdonar cualquier pecado con el ardor único de quien defiende su inocencia contra el veredicto inconmovible de los demás.

Llovió durante veintinueve días, los que tardó el cura en hacer llamar a Martín con la súplica ineludible de un moribundo, pues había decaído rápidamente a raíz de los desórdenes que sacudieron el pueblo, con una muchedumbre asilvestrada y rabiosa queriendo arrojarlo al río como culpable de sus desdichas, salvando su propia vida en el último instante, ya rendido a su suerte irónica, porque de súbito, sin ningún paso intermedio, escampó por completo y asomó tras las casas reblandecidas del pueblo un sol bermejo que abrasaba, que hizo bajar los niveles del agua hasta los marcados por el sentido común en apenas unas horas. Comprendió entonces que María se había ido de Badea, de nuevo entregada a su destino errante imposible para los dominios del amor, y al recuperar la compostura se prometió con decisión ayudarla hasta la extenuación a gozar del privilegio infrecuente con que ella se había topado.

Así me enteré de todo. Oí de boca de aquel hombre, carcomido por su indecisión adolescente para el amor, todas las esperanzas que para nosotros tenía depositadas. Me contó, como yo lo he hecho, la historia cruel y maravillosa de María, aunque al principio me resistí a creerla, no porque me pareciese increíble, sino porque me extrañó un amor tan inconmensurable como para propiciar tormentas tan irrefrenables por su pérdida.

La busqué durante meses con la esperanza como único equipaje. Recorrí todos los valles de alrededor, preguntando si habían caído lluvias pasajeras con la fuerza de un torrente. A veces perdía la pista, y me demoraba días y noches alejándome de ella. Otras veces se echaba a llover y me desnudaba, insensato, para sentir sobre mi piel cada una de las gotas que arreciaban, como si al hacerlo me empapara de sus lágrimas y calmara su tristeza.

Cuando le di alcance escapó de mí como una gacela asustada, pero la atrapé con el vigor que daba la impaciencia por verla desde el día en que fue incapaz de reconocer que me quería. La miré a los ojos y supe en qué consistía aquel color sobrenatural al que había dedicado en vano tantas cuartillas, ahora que me gusta describir en ellas las cosas a mi alrededor.

–Es el color de la tierra cuando se pueblan de hojas caídas de los árboles en otoño– le dije.

Ella aflojó sus muñecas y me besó.

Desde aquel instante, cuando nos besamos frenéticamente despertamos los vientos más salvajes, sacudiendo nuestros rostros al frescor. A mí me gusta imaginármela como en los veranos interminables por su propia felicidad, con la melena desparramada y el murmullo de las hojas de los abedules enmarcando su sonrisa tierna, riendo su propia travesura. A veces me parece estar tan asustado de esta felicidad que creo ver arcos iris, nubes de colores, granizadas y soles cohabitando en paz tras la silueta de nuestros cuerpos enzarzados cuando nos hacemos el amor.

Una tarde con viento ensordecedor por el batir de nuestros labios le prometí que le escribiría un cuento. Dice que le gusta oírme historias. Yo me esfuerzo por satisfacerla, feliz por la recompensa de esos brillos que le nacen después desde detrás de la mirada. Ella deja que yo intente poner sus palabras impronunciables en el trazo de mis dedos torpes.

Me acuna en sus misterios, templa mis ansias, y con frecuencia desbarata las hojas donde me arrimo a intentar explicar, a inventar nuevos lenguajes ensanchados para abarcar un amor de semejantes proporciones, dilatándose bajo el calor y el cobijo de nuestras almas nostálgicas del otro. Se viene hacia mí, como en este preciso instante, llamándome con mil nombres inventados por la ternura inextinguible, y me besa en la nuca mientras intento ultimar estas líneas, de pronto desparramando toda nuestra historia por los rincones y forzándome, con su mano exigente y repleta de perspectivas, a finalizar estas palabras inútiles y necesarias con que intentar explicar ese viento que, ahora mismo, habiendo desertado de aquellos desdichados ignorantes del amor, revuelve para siempre estas líneas en el fondo de los ojos de María, donde quizá todo sea posible.